

DISCURSO DE RECEPCION

Por JUAN CRISÓSTOMO GARCÍA

Durante nuestros meses glaciales de junio y de noviembre, suelen transcurrir semanas en que el sol se esquivo o rara vez asoma a hurtadillas entre la atmósfera nublada; pero al declinar de algún día, como no queriendo el astro partir sin iluminar pródigamente la llanura, descorre sus velos por encima de la Boca del Monte, y con el sortilegio de la luz cambia la cerrazón en marco de celajes cuyo esplendor se difunde hasta los confines remotos. Por virtud de aquel brillo prestado se mudan en jardines las malezas, dóranse los barbechos y rastros, espejean con visos de gloria los marjales, cobran lozanía los prados y sementeras, y en suma, se cumplen las palabras con que Luis Vives alentaba a un amigo diciéndole que las tardes alegres vienen en pos de las mañanas tristes. Ved un simulacro de lo que hoy me acontece: en la fuga vespertina de mis años, después de una opaca vida literaria, llégame la hora en que vuestra gentileza alumbra mi oscuridad, supliendo cuanto me falta.

Al reconocerme escaso de merecimientos que sobran a tantos otros, alguien pudiera preguntarme: si usted con todas veras se juzga indigno de la merced que se le otorga, ¿por qué la acepta?

En el viejo mundo nadie ignora que los aspirantes a un sillón bajo la cúpula de la Academia Francesa, acostumbran solicitar con ahinco el sufragio de cada uno de los individuos numerarios. No así en la Academia Colombiana, donde espontáneamente me elegisteis por voto unánime. He de acatar las razones que os han movido, pues no me incumbe discutir las. Modestia que rehusa, puede imputarse a desaire, y tampoco me es lícito desairar al cuerpo colegiado que cifra la más alta cultura de mi patria. Acepto, en fin, porque si esta distinción pareciera todavía desproporcionada a una labor dispersa en treinta y cinco años de faenas didácticas y periodísticas, no se creerá excesiva con relación a la jerarquía que me cuenta entre los suyos, y a la cual debo transferir láureas y palmas en buena ley de justicia.

Verdad es que dentro del instituto el clero nacional tenía ya cumplida representación en tres de sus miembros más conspicuos. Desde tal punto de vista sería objetable ahora mi presencia. Al elemento eclesiástico se juntan aquí, como alumnos insignes de las letras, historiadores y pedagogos de lustre sin tacha, poetas de rumbo, novelistas de estilo levantado, hombres expertos en lucubraciones científicas o avezados a las artes, la prensa o la oratoria tribunicia. No pudiendo competir con ellos, soy como el personaje incógnito que en

la escena antigua aparece detrás de las figuras principales; o habré de compararme a la avecula que dejando las tinieblas de la noche, revoló un momento cerca del fuego del hogar en cierta velada del rey de Northumberland. Acaso en este otro hogar espiritual sólo me convenga el nombre de bibliófilo apenas. Imaginad una de aquellas pláticas que abrigó la granja tusculana. Al departir el dueño con sus invitados Hirsio y Hortensio, Atico y Quinto, he ahí que le ocurre cotejar lugares de los maestros antecesores suyos. Llamará luego al punto a algún huésped familiar de la mansión para que traiga el volumen requerido, lo desenvuelva, lea tal y tal fragmento, lo glose o resuma y de nuevo lo ponga en su sitio de la exedra. Sólo así entiendo mi oficio en medio de vosotros; sólo así me atrevo con un corto examen de autores agrupados bajo esta divisa: interpretación de la naturaleza en la literatura colombiana.

*
* * *

No tiene por misión la Academia el reducirse a investigar la estructura material y formal del habla de Castilla. Le incumbe también patrocinar en toda su amplitud el cultivo del arte literario, el cual es, en sentir de Baldensperger, digna compensación de lo que la sociedad no puede darnos. Una de las maneras como aquel arte se realiza con mucho agrado, es la descripción de las bellezas naturales. A ella debe su aliciente el relato de *María*, donde el paisaje y el argumento son inseparables, porque se corresponden y compenetran como un *lied* de Heine y un *impromptu* de Schubert. Así aparece cuando la aflicción del protagonista vallecaucano ora se difunde en el Zabaletas, que murmurando adioses piérdese a distancia, teñido de los esplendores fúnebres del occidente, ora se sume en la lobreguez, que rota con el chispazo de las luciérnagas, se carga de silencio turbado por los grillos y la voz del bujío, presagio de aquel otro alado huésped del cementerio, cuyo graznido continuará sonando en los recuerdos juveniles con más insistencia que el cuervo del visionario de Boston. A observaciones semejantes dan lugar no pocas obras príncipes y amenas de universal nombradía. La acción épica, la dramática y la novelesca, no saben limitarse a interiores domésticos o prosencios cortesanos. Con mayor frecuencia exigen, a igual de los lienzos históricos, la expansión de una perspectiva a campo abierto, con arbolados y montañas, lejanías de horizontes y honduras etéreas. De aquí el motivo de mi asunto, tan vasto que su entero desarrollo fatigaría vuestra paciencia; y por lo mismo la necesidad de hacer en mi discurso una rigurosa selección de escritores, dando gran cabida a los prosistas, y comenzando por restringirme a la época republicana, cuando el genio patrio, sin los tanteos de la colonia, tomó cauce definido; cuando el medio físico que nos rodea, estudiado en la aurora de la emancipación por un sabio austero como Caldas, le inspiró los párrafos más disertos del *Semanario*; y observado una centuria después por los noveladores antioqueños o por el narrador del *Moro*, les

sugirió un sabroso realismo que sólo tiene par en los trozos de Pareda, Thoreau y Turgueneff, donde percibía Melchor de Vogüé las confortantes emanaciones de la tierra amada.

Bien estará inaugurar mis transcripciones con la de un estilista perteneciente al rol de fundadores de la Academia. La maestría insuperable de Marroquín en diseños topográficos, me persuade a buscar alguno de los menos divulgados, a saber: la ciénaga de la Herrera, al oeste de la Sabana de Bogotá: "Las colinas cercanas están cubiertas de una vegetación pobre y como desteñida; en el llano creería el observador tener a la vista tierras agotadas y estériles, si no divisara en ellas las greyes lucias y perezosas, que ya saciadas, parecen estar saboreando sibaríticamente y como por mera golosina, delicados alimentos. Las lagunas y los pantanos están rodeados de juncuales; y aquéllas sustentan a trechos mantas de yerbas acuáticas. Por los espacios despejados nadan suavemente manadas de patos y cercetas; por entre los juncuales van saltando y dando ligeros vuelos las *monjitas*; y en las orillas las garzas aguardan pacientemente que el agua deje en seco y al alcance de sus picos las presas apetecidas. El triste silencio de aquellos lugares es interrumpido de tarde en tarde por el áspero cacareo de la gallineta, por el chillido de los chorlitos, y por la voz del guaco que levanta el vuelo pregonando su nombre."

¿Qué tienen de peculiar nuestros *pintores* literarios? En parangón con los forasteros, descubriríanse al través del siglo XIX muchas afinidades entre aquellos y los lakistas de Escocia o los románticos franceses. Así en Ortiz, v. gr., la frecuente mención del desierto al delinear vistas selváticas, nos hace pensar pronto en Chateaubriand. Lo que distingue a nuestros descripcionistas es una opulencia de tonos y de aspectos enfocados, cual no la hay en parte alguna. Se explica esto en la variedad de climas y demás condiciones locales del territorio. Tenemos comarcas que por la exuberancia de su fauna y flora rivalizan con las del Africa ecuatorial; planadas que frisan con la estepa rusa de Gogol, con las praderas de Lombardía, con los valles de Tesalia y de Sicilia, con las vegas andaluzas, y aun con las mesetas del Indostán y del Tibet. Añádese la heredada imaginación latina, enardecida por el trópico. Todo ello concurre a producir entre los ingenios vernáculos una diversidad inmensa que hace difícil la determinación de cualidades comunes, ya en los coetáneos de Vargas Tejada, o más cerca, en los simbolistas y en los posteriores a ellos. Es obvio que en el *Anochecer* del septembrino se acusan reminiscencias de Gray y de los clasicistas peninsulares; que en los otros, a los rezagos becquerianos suceden trasposiciones de Poe, de las alquimias de Rimbaud, de Stefan George y de los *Poemas saturninos*; y que los últimos no dejan de orientarse hacia modelos extraños. Demandaría tomos la aplicación de métodos de Van Tieghem para ver hasta dónde llegan en cada uno de los nuestros el aporte individual, el tradicional y los influjos foráneos. Habrá que generalizar indicando que en una raza tan sentimental e imaginativa, la emoción es a un tiempo intensa y múltiple; unas veces ingenuamente objetivada; otras, como en Núñez, al servicio del idealismo trascendente, preconizado

por Stendhal y Flaubert; y otras complicada con anomalías psicológicas. En demostración de lo primero, oigamos a Epifanio Mejía:

Por angostos caminos
de tierra y hojas,
pasan negras hormigas,
unas tras otras.
Para sus casas
llevan verdes hojitas
en las espaldas.

Fuera de una leve coincidencia virgiliana (*augustum formica terens iter*), decidme si a pesar de lo trivial del objeto cabe mayor naturalidad y gracia rítmica. Ahora, bajo un interrogante puesto a guisa de epígrafe, veamos qué impresión dejó en el rimador de *Gotas Amargas*, no ya el caminito de hormigas, sino la estupenda *Vía Láctea*:

¡Estrellas que entre lo sombrío
de lo ignorado y de lo inmenso
asemejáis en el vacío
jirones pálidos de incienso!
¡Nebulosas que ardéis tan lejos
en el infinito que aterra!...

Sin tardar, ahí se nos revela el pavor del espacio inmensurable que turbó las divagaciones de Spencer, y que tiende a comunicarse en el convulsivo metro eneasilabo, especie de *agitato*, acorde con la crisis mental del soñador. ¡Cuánto dista de la elación semirreligiosa de Rasch Isla, que algo se aproxima a los transportes del Lorenzo de Shakespeare en el huerto de Belmonte! Pero el sentimiento de lo que alguno llamó "nostalgia sideral", no llega a su auge sino en dos odas de Caro, plácidas como la de fray Luis, o en el análogo apóstrofe al cielo, de Enrique W. Fernández, medido al compás de una cadencia hecha para resonar a manera del *largo* seguido de *crescendo* en el *Véspero* de *Tannhäuser*. Otro tanto dijérase de las *Constelaciones* de Rivas Groot, en donde el rasgo del comienzo cede lugar al coloquio supraterráneo, que rebasa tiempos y distancias.

¿Qué conmoción ha producido el mar en los líricos y prosadores nacionales? Aquella vastedad majestuosa excitó acentos muy hondos en el alma de Caro padre, que engolfado en la propia conciencia y en la grandeza del Creador, acabó por cerrar el círculo de sus meditaciones con el pensamiento de la muerte. Valdría la pena averiguar cómo trató en prosa igual punto, si no os fuera tan conocido el pasaje. No menos digna de encarecimiento es la página del señor Gómez Restrepo: "¿Quién, dice, no se ha sentido arrobado y como sumido en el éxtasis, si le ha sido dado contemplar en las horas de la tarde la mole inmensa del mar, que va cambiando en tonos grises el azul profundo de sus aguas, y como si lamentara la muerte del día,

levanta su solemne salmodia, mezcla de himno y de queja, mientras las olas, coronadas de espuma, vienen a estrellarse en la playa unas en pos de otras, despertando el sentimiento de nuestra pequeñez ante lo sublime, la añoranza de lo eterno, el sollozo del espíritu cautivo, cuyas emociones quieren romper el molde de barro que las contiene, y dilatarse libremente abarcando toda la extensión del océano para perderse en lo infinito?"

Autran y Richepin hubieran envidiado a Camacho Roldán el trozo en que enumera las frases variadísimas del piélago y su "poder de expresión incomparable". De los blancos rizos que en la sobrehoz levanta el soplo de los céfiros, escribe que "semejant las sonrisas de niños alegres". ¿No recordáis en esta frase "el ponto de sonrisas innumerables" de Homero?

En el copioso florilegio de apuntes marinos que de esta suerte se formase, faltaría la musa de Rafael Pombo. Afirmaba él que la magnitud oceánica le había parecido pequeña. Sin embargo, tuvo su cítara altas entonaciones para celebrar el firmamento constelado y el vértigo del Niágara, los brotes de la primavera, la verdura del bosque y mil encantos más de la creación. Su numen se asomó a ella como a un mágico espejo, como el dios Pan sobre el remanso de Hipocrene, y contempló en el fondo la más fiel revelación de sí mismo, verificando el aserto de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas." Quiero decir que nuestro compatriota no se detenía en la visión de las apariencias: las tomaba como un pretexto fugaz para explorar los secretos de su mundo interno. Y hay en cambio muchos literatos que únicamente se proponen transmitirnos el reflejo de sus percepciones, más o menos idealizadas, según el consejo de Helmholtz, o con una exactitud que no a todos es dable, pues como decían los Goncourt, aprender a ver es el más largo de los aprendizajes. Se comprende que entonces la fantasía vivaz que hemos ya señalado por característica de los orfebres del castellano en Colombia, préstase a felices asociaciones de imágenes, al juego de las demás figuras llamadas pictóricas, y al timbre lírico en la oración suelta, conforme se nota hojeando *La Vorágine*, en cuyos capítulos es fácil comprobar la advertencia que sobre Herodoto hizo Dionisio de Halicarnaso en la antigüedad, y en la edad presente Max Egger, que "la pulcra dicción prosada vale tanto como el mejor verso": "¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! Tus multisonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica. Déjame huir de tus enfermizas penumbras. Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra, donde se encumbra el espíritu en la luz libre. Quiero el calor de los arenales, la vibración de las pampas abiertas."

La selva de *La Vorágine* es dantesca. Habría invitado los pinceles del tético Salvador Rosa a figurarla en espaciosos frescos murales, o hubiera servido para las tramoyas del mago Klingsor en el acto primero de *Parsifal*.

Quizás sea preferible *Tierra de promisión* como esfuerzo de más paciente disciplina artística. Sobra reconocer que allí cada soneto es

un cuadro magistral, es un problema decidirse por alguno. En el dedicado a la palmera es notoria aquella convergencia de efectos que recomendaba Taine en su opúsculo *Del ideal en el arte*. Rivera no hace una grandiosa monografía de la palma, a ejemplo de Fallon; la sitúa y aísla junto a una corriente del Llano, la mira cimbrarse con languidez, oye crujir sus ramos a impulsos del aura hasta que los arreboles se van amorteciendo, y la acompaña cuando

se abandona al silencio de las noches más bellas,
y en el diáfano azogue de la linfa profunda
resplandece cargada de racimos de estrellas.

De una datilera había dicho también Martínez Mutis que al perfilarse en la medialuz crepuscular, "rinde una milagrosa cosecha de luceros".

Rafael Maya hizo del poeta neivano el mejor encomio, inserto en sus *Alabanzas del hombre y de la tierra*, que merecen lectura detenida por el caudal ideológico y los recursos expresivos que allí campean, todos por extremo originales como los de Saint-Victor o los del argentino Luis Franco, bien sean personificaciones o alegorías, circunloquios, alusiones y símiles, que se combinan integrando un conjunto atractivo en grado sumo. Del vate predilecto suyo nos cuenta que "ha visto, en los amaneceres más hermosos del mundo, verterse por el cielo un río de resplandores que anega las costas celestes y va volcando oleadas de color hasta que toda la tierra naufraga en un golfo de claridad. Ha sentido la fiebre del mediodía, durante la cual se contempla el sol en el espejo ardiente de los esteros, como un Narciso que tuviese la cabellera en llamas. Y ha visto en las tardes que declinan fastuosamente, cruzar la garza cuyo vuelo va tendiendo de un horizonte a otro horizonte un arco enorme, para lanzar la primera flecha de la sombra".

Esta cronografía me da pie para hacer grata recordación de Suárez: "Los ocasos son a veces espléndidos en este altiplano de los Andes, rodeado por todas partes de una cornisa de piedra que aplanándose hacia el poniente, permite contemplar en las mañanas el cono plateado del Tolima y por las tardes los paisajes que forma el sol al cubrirse. Mira cómo se oculta el astro tras la cordillera del Quindío, sobre la cual se amontonan cúmulos de nubes que variadamente iluminadas semejan incendios, lagos de sangre, moles de humo condensado, vellones de algodón blanquísimo, o cetáceos que parecen reposar en playas polares."

Parando ahora la atención en los procedimientos gráficos, haremos constar que entre nosotros la explicación emplea mayormente el análisis que la síntesis. Con todo, el gusto detallista rechaza tanto la morosidad amplificativa de Loti, como aquel agrupamiento sin medida y destreza que prodigó Zola, quien llenaba folios catalogando las legumbres de los mercados parisienses, o las variedades de rosas exhibidas en las cercanías de Notre Dame. Nuestros descriptores saben escoger y amplificar detalles, e igualmente saben del esbozo y

aun del croquis en acertadas líneas, donde la ley del menor esfuerzo se aplica al arte de hablar con la eficacia que prescribía Guyau.

Cuando en Tomás Carrasquilla leo que "agobiado por el racimo, tremola el plátano sus bulliciosos gallardetes", pienso que ni Meleagro ni Anacreonte de Teos, aparecidos en el predio de Tambogrande, hubieran retratado el bananero con mayor puntualidad y donosura. Pero si queréis algo más acentuado, escuchad a Ismael Enrique Arciniegas:

Bajo la luz estival
que dora el campo dormido,
¡qué grato suena al oído
el rumor del platanal!

Al soplo de auras reideras
hojas y hojas se estremecen,
y verdes y anchas parecen
como un campo de banderas.

Quizá la semiasonancia de la última redondilla va subordinada al intento de reforzar la audición de aquella rústica polifonía vegetal.

Permitidme aquí una remembranza de mi conterráneo Arciniegas. Rara vez armonizaron tanto como en él la abundancia de hermosos temas y la corrección en su desempeño, ya bajo la forma parnasiana o a la usanza de Bécquer, o con la sutileza de algunos modernos, pero sin desviar nunca hacia las prácticas del exotismo. Equilibrado y siempre inspirado, captó la alegría de la gleba, la vislumbre de los tiempos coloniales y del episodio heroico, en breves cantos que hoy se repiten por los más ignotos rincones de Hispanoamérica. Vibró su emotividad romancesca lo mismo a las orillas del Rin que ante el escenario del Magdalena o del Atlántico, en la toledana calleja del Arco o en las rutas de la conquista, o meditando al pie de los sepulcros, o copiando idílicos parajes del Tempe nativo. A igual de Byron delante de la Acrópolis, le hubiesen sido igualmente hermosos el Partenón y el peñascal que lo sustenta. Otra faz que no olvidarán sus amigos fue la del gentilhomme auténtico, que fincó la hidalguía no en convencionalismos, sino en las solas dotes del carácter. Experto en la espada y en la pluma, se hubiera hermanado en otros siglos con Garcilaso, con el señor de Medinilla o con el petrarquista de Almogáver.

La equidad pide que sea mencionado cual digno émulo suyo el doctor José Joaquín Casas. Confieso que ha sido una extrema dificultad para mí la elección de alguna joya entre millares de su repertorio poético, donde por modo admirable se patentiza el *homo additus naturæ* de Bacon. ¡Cómo él ha comprendido y magnificado la venustez de estos primores visibles que nos circundan! Dejémosle que nos relate cuanto se ofreció a sus sentidos y al goce de su ánimo en una excursión por los aldeaños de Casablanca:

¡Verdes sotos y repuestas	de una raza
hondonadas,	de gigantes mal sepultos
misteriosas torrenteras	en la grama;
solitarias,	de Guanquica y la Leonera
que fragmentos de castillos	negras masas;
y murallas	farallones taciturnos
remedáis, y procesiones	de hosca facha;
embozadas,	serranías que salpican
que al zumbido de los vientos	las estancias
salmodiaran;	entre setos y veredas
barranqueras por do bullen	y albarradas;
frescas aguas	laberintos nemorosos
bajo toldos de bejucos	de las rastras;
y marañas,	huerto, bosques, cimas, cielos,
entre agrestes sinfonías	rocas, aguas,
y baladas;	caros sitios que yo a solas
pedrejones, osamentas	visitaba!

Quiero ahí hacer notar el contraste entre la quietud del espectáculo campestre y la animación que le da el verso de pie quebrado.

Hay una obra de Samper Ortega que lleva por rótulo *Nuestro lindo país colombiano*. A vueltas de la información erudita, ella constituye una antología geográfica, monumento erigido a la nación por el compilador y comentador. Sólo un artista podía elaborar ese libro, ejemplar de esmero, de gusto acendrado. Su lectura serviría mejor a mi propósito que esta conferencia. Porque a más de un conocedor del país, don Daniel es un letrado que ha merecido elogios de Hugo Wast, Ricardo León y Concha Espina. Entresaco de sus escritos la narración de una borrasca en el antiguo río Grande, más bien que pintura, estudio orquestal, rico en sonoridades, como la sinfonía segunda de la tempestad en el *Guillermo Tell* de Rossini:

“Un soplo de brisa inclina largamente los guaduales, que hunden sus flecos verdes en el agua. Comienzan a caer goterones que erizan la superficie. Cada instante más furiosas se suceden las ráfagas, a cuyos embates dobléganse crujientes los dominadores de la montaña. Ulula el vendaval, rechinan las maderas, sacuden las palmas sus gironados penachos, revientan los bejucos; y todo, la selva, el río, el cielo aborascado, vive la hora trágica de turbulenta desesperación. Un clamor profundo como de aullidos rompe lo que fue silenciosa grandeza; fugitiva la luz, en la penumbra del temporal estalla el trueno, y cada relámpago desgarrar con rusientes zetas los nubarrones. Cuando la racha que sube repela a la que baja, críspase el río en infinitas olas, cual si se replegase con horror sobre sí mismo. Una de las enormes ceibas de la ribera, humillada por el huracán, prolonga la flexión de su tronco, mientras silba el invisible demonio azotador en su ramaje; un sordo ruido acalla los demás; la tierra que sustenta al coloso se levanta en explosión, y éste se viene abajo con estrépito, abre en el agua un abismo que se lo traga, y sólo quedan a la vista

las raíces trémulas, que poco a poco van desapareciendo como tentáculos de un pulpo.”

Maximiliano Grillo consagró al monarca fluvial una profusa loa que el hindú Vyasa hubiera acogido con variaciones en el Rig Veda, para recitarla en honor del Ganges. Allí se desata otra tormenta que pudiéramos contraponer a la mansedumbre del Guadalajara, elogiado por Rivera Garrido, Cornelio Hispano y Rengifo.

Resaltan a todo lo largo de nuestro país los excelsos baluartes andinos. Al sistema central cuadra singularmente la expresión de Arboleda:

Esa es la cordillera a cuya cumbre
no alcanza del condor el raudo vuelo.

Su cadena y la del oeste enmarcan los panoramas predilectos de Jorge Isaacs. En su arranque y empinamiento ciclópeo se ostentan la dinámica y la estática. Sus moles habrían sido para un heleno, atisbos del Osa y del Pelión, que los titanes superpusieron al Olimpo cuando pretendieron escalar audaces el reino de Zeus. Por sobre aquel desfile de gigantes roqueños irgue un patriarca su cabeza encanecida, gema portentosa que luce engastada en el fastigio de Colombia. Nadie la alcanzó mejor que Arturo Suárez, el cuentista de *Rosalba*: “El glorioso nevado se levanta allí, en un monte de granito, como sobre un plinto de pavonado acero, a dos mil metros de altitud. El sol, que viene de las profundidades y que suelta olímpicos destellos anunciando su clara epifanía, lo torna en un bloque de oro vivo, en témpano de luz cristalizada. Los flancos del cono, sus vertientes sin fin, se truecan en desiertos luminosos donde los fulgores del alba esparcen su aljófar. Apágase primero el oro, y la frente del coloso se convierte en un enorme diamante que ciega las pupilas extasiadas. El casco de hielo sobre la cumbre es como el dedo que levanta la tierra para señalar el paso de Dios en el infinito.”

Mientras tanto, al oriente se expanden los Llanos, que tras cada rotación diurna del planeta despiértanse transfigurados por la magia del orto solar, tal como lo pinceló el viajero Cuervo Márquez, y años después Antonio Martínez Delgado: “Es un milagro de belleza, una explosión formidable de luz y de colores. Casi de repente, cuando aún es plena noche y en el cielo fulguran las estrellas, se ven surgir del horizonte irradiaciones que se extienden poco a poco a manera de un inmenso abanico de plumas rojas, lilas y gualdas, y que luego se diluyen en un todo rosáceo y azul. Reflejos nacarados y resplandores de oro surgen del confín lejano, a lo largo del cual se acusa una cinta encendida que rápidamente se torna de un rojo bermellón y esparce lumbres de incendio. Es un momento culminante y trágico, una visión de fuego y sangre, en que el cielo parece abrasarse, y la tierra se envuelve en un manto de púrpura. Y de súbito, en medio de ese esplendor fulgurante, asoma el sol casi de un salto, dando vuelcos como una bola ensangrentada, que suspendida un instante en el espacio emprende luego majestuosa su ascensión triunfal.”

¡Qué diferencia entre tal prodigio y la apacible majestad de la luna! Como desde niños aprendisteis los serventesios de quien fue cantor privilegiado del satélite, bastará ir en busca del lago que él descubrió en un retiro “de umbrosos bosques y encumbradas peñas”. Ahí cedo la palabra a monseñor Castro Silva: “En noche serena y a orillas de unas aguas quietas que copian el máximo esplendor lunar, habréis visto cómo al caer de una hoja, al soplo de una brisa o al golpe de un guijarro, se quiebra el disco de oro refulgente, y entrando en la huida de las ondas concéntricas, se dispersa en estallidos luminosos, en claridades dislocadas y en chispazos fosfóricos. Mas luego torna a adormecerse la laguna, y sobre ella se engarzan todas esas fulguraciones movedizas para reparar la imagen solitaria.”

El estro de Alvarez Henao tañe distinta fibra al encarecer

la dulce y pálida luna
que al temblar en la laguna
parece el sol de los muertos.

En tratándose del agua hay que decir que ella es una de las más familiares simulaciones de la vida, no sólo por su vario movimiento en el oleaje, en el raudal y en la cascada, sino también por la riqueza de sus voces, ya en son de cancioncilla o de sollozo y cuchicheo en la fuente de Caicedo Rojas, ya fingiendo clamores de victoria en el torrente de Aures, y retumbos de pasión en el *Idilio eterno* de Julio Flórez. De este recuerdo excluyo a pesar mío la catarata del Funza, beldad que actualmente profanada en su reconditez augusta, poco invita al lirismo de otras épocas. Dejémosla oculta en su embozo de nieblas espectrales. Y para que en lugar suyo veais cómo la intuición de lo bello es capaz de dignificar lo innoble, citaré las líneas que dictó a Luis Tablanca la melancolía de un pozo abandonado:

“En una planicie andina, escueta de toda vegetación arborescente, una charca profunda reverbera entre su marco de piedras. En aquella aridez siéntese, al contemplarla, extraña congoja. Dijérase un agua huérfana, el pozo de lágrimas de la soledad angustiada. A cien pasos de allí, donde el desnivel forma las faldas montañosas, el arroyo saltando entre las breñas ríe y canta; y abajo en el llano, se va a regocijar los hogares. Esa pobre charca verdosa talvez querría ser fuente, brotar por entre las raíces de un jerarca de la selva, y talvez cambiaría su desolación por la sepultura de una cisterna, a trueque de escuchar en la tarde el murmurio de la brisa dentro del follaje de alguna palmera, y dar ocasión al diálogo de Jesús con la samaritana. La noche se cierne con lentitud, y la charca va llenándose de placidez, hasta que un pastor misterioso que ninguno ha soñado, trae a sus aguas las Siete Cabrillas de oro.”

El aire inquieto es otro remedo de la vida. En los frondajes modula rumores que han regalado siempre los oídos humanos. Tres centenos antes de Jesucristo, se halagaba Teócrito con el “tenue murmullo y estremecimiento de los pinos cerca de un manantial”. Quienientos años antes de él, Hesíodo en *Los trabajos y los días* había he-

cho alusión al bóreas de Tracia, que “llena con sus mugidos las florestas profundas”. Y nuestro Gutiérrez González, que para escenas montañosas aventaja a los épicos y bucólicos griegos, no calla en su poema del maíz la referencia al fenómeno auditivo que estamos considerando. Es en las espesuras de Antioquia, donde se yerguen, “semejantes de un templo a los pilares”, los higuerones, los guayacanes y cachimbos. No demora en percibirse el concierto del santuario silvestre:

El viento en su follaje entretejido,
con voz abogada y fúnebre susurra,
como un eco lejano de otro tiempo,
como un vago recuerdo de ventura.

El rumoroso visitante recobra su libertad corriendo por llanadas y praderías; y entonces a la sensación del oído sustituirá Diego Uribe le representación del movimiento:

Ruedan las hojas secas que con los vientos se arremolinan,
doradas por los rayos de un sol ardiente que reverbera;
y allá junto a la base do altiva se alza la cordillera,
los árboles gigantes con ritmo suave la copa inclinan.

Alberto Carvajal ha seguido todas las andanzas y recogido las numerosas trovas del bardo invisible:

Baja de la cima
juguetón el viento;
ondula en las quiebras,
rueda por el cerro,
se abate en el muro,
salta sobre el techo,
y entre los rosales
floridos del huerto
se deshace en lluvia
de aromas y pétalos.

Estruendosamente
éntrase en la selva;
y las verdes frondas
y las ramas secas,
el gentil renuevo
y la añosa ceiba,

vibran al empuje
de sus alas recias,
cual una atronante
wagneriana orquesta.

Llora con las hojas
mustias del camino,
murmura en la fuente,
arrulla en los nidos,
y en las torvas noches
zumba con plañido
destemplado y lúgubre,
y es medroso y frío;
silba entre las grietas,
brama en el abismo,
y canta en las tumbas
un salmo al olvido...

Si pasamos a los seres vivientes, los hallaremos ennoblecidos por el cálamo, trocado en pincel, de innumerables compatriotas. Ya es Mario Valenzuela cuando elogia al caballo; Ricardo Nieto al recorrer los playones del Cauca, poblados de garzas, pellares y coclíes; o Guillermo Valencia, que transitando por la vera de un desmonte, sorprende sobre la cepa carbonizada “de lo que fuera un día viva columna tropical, a un águila soberbia, en toda la majestad de su fie-

reza. Cómo contrasta su mudez con la garrulería de las avecillas circunstantes; su inmovilidad, con la inquietud bulliciosa de los alados flautistas; la astral reverberación de sus ojos eternamente abiertos, el ágata filoso y curvo de su pico, los nervudos y pujantes remos, con el medroso parpadeo, con las débiles tenacillas, con las alitas frágiles y los tímidos soportes, aptos únicamente para señorear el humilde reino de los insectos”.

En la clasificación animal son las aves, sin duda, los seres que suministran a la inventiva las más afortunadas asociaciones.

Principiaba en Cummington el invierno de 1815, cuando el poeta norteno Bryant, terminados sus estudios, hallábase indeciso no sabiendo qué profesión le conviniera. La sociedad se le mostraba hostil, y veíase solo y mal preparado para la lucha. Caminando así, de atardecido, a través de la campiña triste y desierta, levantó los ojos, divisó un ánade salvaje que cruzaba las alturas, reconoció una semblanza de sí mismo en ese prófugo rezagado que lejos del patrio asilo se lanzaba por el espacio sin límites, guiado por la Providencia, hasta encontrar al sur el refugio ignoto en donde reunido a sus compañeros emigrantes, aguardaría la vuelta de la estación florida. Tal es el pensamiento inspirador de la composición *To a waterfowl*, a un pájaro acuático, que tiene algunas analogías con las estrofas dedicadas por Caro hijo a los volátiles.

Por no ser difuso, dejo sin comentar despacio *La golondrina* de Ortiz y las sentidas estancias en que Borda deplora un ave muerta, a imitación de Ovidio y de Catulo; *El gallo* de Gómez Jaime, competidor de Chantecler; *El colibrí* de Londoño y la torcaz de Eustasio Rivera, que en la tristeza vespéral gime arrullando el sueño de los montes. Con idéntica razón pasaremos por alto los bocetos del mismo poetizador referencias a la cigarra y la mariposa, al buey, la nutria y el tigre. Tampoco podré hacer sonar en este recinto la nota cómica del coro de los sapos de Miguel Triana.

El temor de abusar me cohibe. Cuánto bueno es preciso omitir por dar oportunidad a esta cuestión: ¿de dónde proviene el valor de los pasajes descriptivos? No basta la observación penetrante del todo, si quien redacta no elige y acuerda las partes, como en la ejecución de una pintura.

Os habréis dado cuenta del realce que las cosas materiales adquieren por ir contrapuestas, o en armonía con otras del mismo orden o de un orden superior. A esto se suman las prendas del estilo y del lenguaje que las denotan, y muy particularmente los grados de significación de los vocablos, en que se ocupan las academias ciñéndose a la lexicografía y la semántica, a cuya luz elaboró Arsenio Darmesteter su precioso libro *La vie des mots*. Miguel Bréal, quien sentó en aquellas ciencias importantes doctrinas, observa que los idiomas indoeuropeos están sometidos al uso metafórico, y no logran librarse de él, a par del caminante, que según el proverbio árabe, no puede saltar afuera de su propia sombra. Resumiendo, agrega que el hablar sería imposible en toda lengua si se quisiera atar las palabras al solo sentido etimológico; de suerte que la amplificación de significados por medio de la metáfora, núcleo de la imagen, es un procedimiento

normal de los idiomas en los pueblos de fina cultura. También a propósito de la elocución figurada indica que "el verdadero escritor desecha las figuras vulgares y crea figuras nuevas". Pero en todo caso la invención necesita obedecer a pautas racionales que no se infringen impunemente. Mejor lo insinuaba el sabio de Egina diciendo: "El arte, como la ley, es una creación del entendimiento conforme a las normas de la razón." La preceptiva moderna, concorde en lo esencial con la antigua, no ha hecho sino codificar aquellas normas, realizadas y descubiertas antaño en las piezas maestras de los clásicos.

¿A qué conducen estas digresiones? A desvanecer las ideas falsas que hoy se divulgan contra la técnica de la palabra escrita, en la cual se funda el mérito de todos los hablistas que he venido citando. Nuestros grandes literatos no han sido improvisadores de gacetillas. En algunos prevaleció el impulso espontáneo, susceptible de educación; en otros el esfuerzo reflexivo; en otros la asimilación, que no anda reñida con la sinceridad. Y nunca fueron más sinceros artifices que cuando exaltaron en ritmos o en prosas los solaces agrestes; cuando se pusieron en contacto filial con el suelo nativo, sacando verdadero el decir de Keyserling sobre la mentalidad hispanoamericana. Al hablar un analista de la influencia del campo en Vergara, con mucho tino apunta que esa frescura de entendimiento, esa ingenuidad y sencillez que hacen y mantienen su obra, son hijas de su infancia campesina.

El bosquejo naturista, que no ha de confundirse con el brochazo naturalista, sirvió no solamente al costumbrismo sino a la producción romántica, a la decadente, a la neoclásica, a la de todas las escuelas que entre nosotros han ido sucediéndose. Al presente debe él simbolizar un retorno a lo solariego, a la preferencia de lo nacional en los escritos, no como simple deporte cultural sino como empeño de intenciones sociológicas: aquello mismo que Bordeaux recomendaba con ahínco a los pensadores contemporáneos, y que no debemos olvidar en esta hora tenebrosa del mundo, cuando más urge robustecer en el concepto de la nacionalidad en su triple sentido jurídico, histórico y geográfico.

El aforismo de Cicerón: *Natura contemplatio est pabulum animorum*, muestra la eficacia educativa de ese linaje de humanismo que trascendió en las *Silvas* de Policiano, y que a la pugna enunciada por Kant y más tarde por Emerson, sustituye lo que Mayr llamó conjunción de la naturaleza y del espíritu, del principio agente y del pasivo que integran la literatura pintoresca en proporción variable y sin forzosa consecuencia panteísta. Por su parte el historiógrafo Birt, en su ensayo sobre la civilización romana y refiriéndose a Virgilio y Propertio, declara que en los versos de ambos palpita un naturismo que no es sino *sentido del arte*, pues sólo puede interpretar las hermosuras terrestres quien sepa recomponer su percepción como si fuese un traslado en lineamientos y colores. Además de esto, la predilección de que hablamos es índice que gradúa el nivel del hombre culto. No a todos es dado hacer una loanza del árbol con la destreza de Manuel Antonio Bonilla. Un rústico no experimenta elevadas

emociones al ver ondular un plantío de mieses, ni es capaz de apreciar el verdor de los gramales, la floración de un cámbulo en agosto, la esbeltez de los robles y bambúes, el airoso perfil de algún risco, la curva de una loma, la fantasmagoría nocturna de los nubarrones hendidos por las "ráfagas raudas de cambiante lumbré", que dijo Belisario Peña.

Afirma el profesor Deona que el sentimiento de la naturaleza bella no es instintivo, sino que más bien es una adquisición social, producto de ambientes refinados. De ahí deduciremos, a riesgo de incurrir en paradoja, que cuando abundan reminiscencias campestres en las coplas populares, ello prueba que los copleros han acogido influjos urbanos, unidos a no comunes dotes atávicas, a un temperamento ensoñador cuya génesis remonta al solar hispánico. En el cancionero de Santander, compilado por dos institutores de las Escuelas Cristianas, de Cúcuta, encontramos con frecuencia mencionados los rosales y la siempreviva, la clavellina y la madreSelva, alternando con las plantas medicinales y las aromáticas, con el arrayán sombrío y los naranjos en flor. Allí no de raro en raro asoman los pájaros monteses y rapaces, bullen los arroyos y descuellan las vistosas cimas; allí espande la alegría del alba con su lucero, la lúgubre pompa del tramonto y el fulgor del plenilunio sobre la paz de los sembrados. Sólo que esas gratas alusiones son como la tónica del arpegio en que se apoyan el pesar de la ausencia y el temor del olvido, la salida irónica, el despecho, y finalmente el gozo de las esperanzas que retornan al corazón lastimado.

Aparte de su utilidad educadora, la tendencia contemplativa o descriptiva de las letras terrígenas tiene subido alcance moral. La filosofía y la teología cristiana enseñan por boca del Maestro de Aquino y del Doctor Seráfico, que la admiración del universo corpóreo es el primer peldaño para el conocimiento y amor del bien supremo. El resplandor de lo verdadero, en la muchedumbre de sus manifestaciones, corresponde a los arquetipos suprasensibles que atesora la sabiduría eterna; o dicho de otra manera por Goethe, "las hechuras de Dios son palabras tuyas, llenas de vida". Al artista compete el traducirnos, a modo del santo carmelita de Ontiveros, aquellas revelaciones de la divinidad, cuyo mejor corolario sería el himno que Pombo termina exclamando:

¡Oh Padre, cuánto es bello
el mundo que tú hiciste!
Felices los que sepan
agradecerte, amarte y bendecirte.

La fruición estética se depura tan pronto como empieza a tocar en la órbita del misticismo, según se trasluce en los conceptos del autor de *Anima rerum*, que superiores a la *Voice of Nature* de Cowper, fueran dignos de incluirse en las *Geórgicas cristianas* de Francis Jammes:

Cuando el hombre a su término se inclina
 los seres le abren su íntimo sentido;
 llegan nuevos acordes a su oído,
 y el ojo nuevos mundos adivina.

El cielo, el llano, el agua cristalina
 son cifras de un valor no conocido;
 nos dice toda su ventura el nido,
 y todo su poema la neblina.

El patrio amor en su ascensión avanza;
 todo eso en que dejamos nuestras huellas,
 encanto sumo y hermosura alcanza;

hasta las cosas viles se hacen bellas,
 y de otra nueva vida la esperanza
 en las sombras enciende sus estrellas.

*
 * *

Bondadosos colegas: me dais una lección de humildad oyéndome y asociándome a vuestro número. Sin contravenir a tal enseñanza, os diré que me gozo en fraternizar con vosotros, en incorporarme a este clásico ateneo, archivo del hablar cervantino, alcázar que defiende los fueros del idioma para que nadie lo mancille ni aplebeye, institución que aprestigiada por egregios humanistas, descuella en la historia de la república por la nobleza de su origen, por sus fines y por los fastos que registra en sus anales. Al daros gracias en esta ocasión, evento faustísimo de mi carrera, deseo que a honra vuestra coincidan en un solo acto de pleitesía el culto de mis lares, la ofrenda póstuma de la amistad, el afecto patriótico y el sentimiento religioso. Primero un tributo de fidelidad y de cariño a la bendita memoria de mis padres, a quienes debí tempranas aficiones que con el andar del tiempo, y ya en los umbrales de la senectud, me han traído sin pretenderlo, ni sospecharlo, a disfrutar de vuestra compañía. Quiero igualmente honrar el recuerdo de algunos miembros desaparecidos de esta pléyade, varones eximios que en días no muy lejanos me favorecieron con su trato benévolo. Fueron ellos el restaurador del Colegio del Rosario, que en unión de Cortés Lee mantuvo el decoro de la cátedra evangélica; el doctor interlocutor de los *Sueños*, poco distante de Cuervo en conocimientos y manejo del habla; Diego Rafael de Guzmán, quien mojó su péñola en la fresca tinta del hidalgo de Henares; Eduardo Zuleta, que en *Tierra Virgen* nos legó el trasunto de una Vasconia americana; Isaza, Restrepo Mejía y Robledo, que estudiaron el organismo de la elocución romance, su desarrollo histórico y el buen uso de sus galas.

Imposible olvidar esta noche a la ciudad natal y a la urbe adoptiva, matronas que custodian en sendas urnas de oro y bronce la tra-

dición de sus penates, héroes de la independencia. Elevo también mis homenajes a la Iglesia de esta metrópoli, maestra que me inició en las humanidades y en las sagradas disciplinas. Ascendiendo más alto, rindo gracias devotísimas al Señor, que gobierna la suerte próspera o adversa de cada uno de los hombres. Suba asimismo el obsequio de mi gratitud sacerdotal hasta el trono de la Reina de los cielos, llamada en los siglos caballerescos *bonorum poëtarum magistra*, cuyos primeros discípulos eran los Sedulios de Irlanda los Adalbertos de Polonia, los nobles teutones, con un Fortunato de Poitiers, una abadesa Roswitha y un Gualterio. Y si para festejar su Concepción Inmaculada los normandos establecieron la Academia de Neustria, que fue la más antigua de Francia, y que influyendo durante setecientos años transformó aquel señorío en una Arcadia feudal, entregada a piadosos torneos de ingenio, tregua de Dios en las lides de la edad media; si los vagidos de nuestra lengua tuvieron en labios de Berceo, del sabio Alfonso y del Arcipreste los tonos menos rudos del mister de clerecía para ensalzar a la gloriosa Señora de los ángeles; si en suma, no hubo en el occidente civilizado por la cruz ningún ensayo de artes óptimas en donde no fuesen los loores marianos la nota fundamental o dominante, bien puedo invocar ante vosotros a la Madre Virgen como auspiciadora de la belleza literaria, y a fuer de buen hijo y leal vasallo, deponer a sus pies y a los de Cristo, la guirnalda de mirto entrelazada de flores que recogí en este segundo jardín de Academo y en todos los campos de nuestro gay saber, o por decirlo mejor, en el más deleitoso vergel intelectual de América: la patria colombiana.

RESPUESTA A JUAN CRISOSTOMO GARCIA

Por DANIEL SAMPER ORTEGA

Profundamente agradezco al señor don Juan Crisóstomo García el haberme comisionado para que le abra la puerta de esta Academia. Lo hago con regocijo, porque él es antiguo y muy querido amigo mío, pero con azoramiento, porque mis palabras no pueden rayar a la altura de los méritos, de largo atrás por todos reconocidos, de quien viene hoy a aprestigiar en nuestra corporación una nueva silla.

Treinta y más años hace que admiro a este erudito de verdad, que con timidez casi infantil se las ingenia para escondernos su erudición; a este excelente orador a quien sólo sus deberes eclesiásticos empujan hasta el púlpito; a este artista de fina sensibilidad y extensa cultura; a este crítico socarrón que todo lo escudriña, conservándose aparentemente adusto, cuando en realidad sabe reír a sus anchas, de dientes para adentro, y posee una fornida musculatura, de que es posible den testimonio sus condiscipulos en el Colegio de Co-